

DOS NOVELAS DE DON CARLOS SILVA VILDÓSOLA

Por
CARLOS LEYTON A.



HACE exactamente cincuenta años que, recién salido de las aulas, llegaba a la prensa don Carlos Silva Vildósola. La inteligencia activa del gran periodista, que sigue en su puesto laborando con la fe de un convencido por los mismos ideales que alumbraron los días de su iniciación, no ha amenguado ni en vigor ni en brillo. Enriquecida con un copioso caudal de experiencia y conocimiento, conocedora de todos los recursos de la lengua, su arte ha llegado a una perfección difícil de superar. Claridad, facilidad, brío; he ahí tres cualidades de este escritor, dentro de una concepción propia de los problemas que caen bajo su pluma.

"No hay ejemplo en nuestra prensa, decía 30 años ha don Joaquín Díaz Garcés, de un caso semejante al de Silva Vildósola", refiriéndose a la primera y febril etapa que viviera este periodista en "El Mercurio". Igual concepto podría hacerse extensivo hoy a toda su labor posterior a esa época. 50 años de periodismo, le hallan con la mente ágil y dispuesta a encarar el problema del día desde el aspecto que considera más adecuado al interés nacional; y semejante perdurabilidad de facultades le dan un sitio sin paralelo entre los hombres de prensa del país. Zorobabel Rodríguez, Blanco Cuartín, los Arteaga, para no citar sino a los más destacados, apenas llegaron a la mitad de esos años de labor. El caso Silva Vildósola es verdaderamente singular en nuestras letras.

En la variada y poliforme obra de este escritor hay de todo: crónicas, cuentos, reportajes, críticas de arte y letras, retratos, sin incluir el comentario flexible y animado del hecho cotidiano, de la actualidad nacional o del suceso que rebasa las fronteras de otro país y repercute acá. Semejante labor llenará volúmenes el día que se espigue en ella para hacer una selección que resultará cargada de enseñanzas, tanto en doctrina como en lenguaje.

Entre esa labor, acaso pocos sepan que don Carlos Silva, en su primera juventud, fué novelista. Dos obras nos ha dejado de aquel tiempo. Hoy, ya escritor de fama, parece como querer olvidárlas. Pero, no obstante, apuntan en ellas las cualidades en germen del escritor. Releerlas, es ubicarse en un punto de referencia para explicarse su consiguiente desarrollo.

Publicadas primitivamente en "La Revista de Artes y Letras", una, y la otra en "El Chileno", en aquellas dos novelas — "La Montaña" y "Brisas de Mar" — campean bellezas indiscutibles al lado de

graves defectos. Pero, cumplen de sobra con el fin primordial de la novela: entretener.

La primera de dichas obras — un esbozo de novela, de trama ingenua, casi pueril, es un relato en que actúan gentes sencillas. De escenario, surge un rincón sureño; de época, el año de la guerra del 79. Repetimos: el argumento es pobre, el diálogo, desmadrado pero colorido; la frase, indecisa pero atrayente en sus mansas vacilaciones. Y, sin embargo, su lectura no cansa. Se abre el libro y se siente que ahí hay algo que sostiene el interés, que empuja a proseguir y a terminar...

¿Qué es?

Hemos creído descubrir el secreto en la silvestre fragancia de aquel idilio que se desenvuelve en un medio sin complicaciones sociales ni ideológicas. La mente

no trabaja. Se lee aquello, y a ratos la emoción llega en silenciosas oleadas al espíritu. Se ve que el arte ya le ha comunicado su secreto al autor y despunta en episodios sin mayor trascendencia pero que nos subyuga por el trazo sobrio, la pincelada llena de claroscuro, el rasgo que relampaguea como un chispazo. El novicio se acusa en la frase que camina vacilante, que tiembla, sube y decae, pero que luego se incorpora, se sobrepone y avanza valientemente.

Este tímido del principiante ya ha desaparecido de lleno en "Brisas de Mar", su segunda novela. Cuando la escribe, ya su autor cuenta, con varios años de experiencia en la brega diaria del periodismo, que da soltura, dominio y seguridad a la frase. A pesar de haber sido trazada de prisa, sin mayor análisis de caracteres ni de ambiente, sin mayor enverga-

dura en la intriga que es también muy simple, esta obra presenta ya en pujante desarrollo las cualidades que apuntaban en "La Montaña".

El autor nos ha contado en páginas posteriores como iba elaborando esa obra, después de la obligada labor diaria. Era aquello como un desahogo de su espíritu. Se apoderaba del hecho y de los personajes que iban a su lado y los hacía andar, discurrir y obrar a lo largo de sus capítulos. Don Heraclio, Don Belisario ¿qué eran sino trasmutaciones de sus compañeros de labor? ¿Y aquellas escenas de la política santiaguina, llenas de veleidades, de componendas y fracasos? Y las observaciones satíricas, amables y a veces aceradas que pasan zumbando por entre esas páginas, ¿qué, si no la burla risueña, burbujeante, del hombre de ingenio que ríe de esas eternamente actuales amenidades del diario vivir?

Y todo ello contado en un estilo suelto, rico y numeroso, que chispea y brilla; que se mueve ondulante y ágil, haciendo sutiles arabescos; que describe a brochazos espontáneos; que nos da la sensación de un ambiente o la visión de un individuo en un rasgo; que nos hace seguir con interés el diálogo de dos almas a la orilla de un mar que hace coro ruidoso a su ensueño y a su fracaso.

"Brisas de Mar" nos dice qué magnífico novelista se escondía en don Carlos Silva Vildósola; qué nobles aptitudes para el género había en él y que dormitan ahogadas bajo la montaña de pequeñas e intrascendentes preocupaciones que absorben tiránicas la atención del periodista. Pero, con todo, quedará como una novela muchísimo más digna de leerse y conservarse que otras que gozan de fama en este país, debidas a la pluma de autores de justificado renombre.

Hay, sin duda, un legítimo escrúpulo en el escritor de hoy para que sacuda el polvo que los años han ido acumulando en sus obras anteriores. Ya alguien ha dicho que el peor enemigo de lo bueno es lo mejor. El maestro de ahora descubrirá en sus propias obras manchas y lunares que son, sin embargo, explícables y justificables. Pero, con todo, nos parece injusto que, por lo menos, "Brisas de Mar", permanezca olvidada entre colecciones de viejos diarios que ya nadie lee.

Y es un deber de justicia arrancarla de allí, traerla a la vida actual. Con ello nos vendría como una amable brisa de un pasado que sin duda fué mejor que el hoy. Las editoriales chilenas — tan pródigas en editar lo ajeno — harían bien en reeditarla como un homenaje a este magnífico soldado de la prensa y a sus cincuenta años de lucha por la cultura.